

FILMS DE AMOR

Forastero en Atlantic City



Núm.

102

25

CTS.

GEORGE SIDNEY -- VERA GORDON

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

MUNICH

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 102

FORASTERO EN ATLANTIC CITY

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el simpático artista de la pantalla

GEORGE SIDNEY

por C. GOTARREDONA

.....
EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233 *Barcelona*

96
I-3026

REPARTO

Cohen..... GEORGE SIDNEY

La Sra. de Cohen..... VERA GORDON

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LOS COLOSOS
DEL OESTE
AMERICANO



Solamente los
encontrará en
BIBLIOTECA
FILMS
(Título de la
supremacia)

TOM MIX

TOM TYLER

CHARLES JONES

HOOT GIBSON

FRED THOMSON

JACK PERRIN

REX BELL

Nuevo caballista que será el
asombro de las multitudes.

Pida el nuevo Catálogo General que se remite gratis, a

BIBLIOTECA FILMS

Apartado 707 - BARCELONA



I

En el portal había un rótulo que decía así: "Cohen y Kelly - Fundada en 1898 - Géneros de punto - 2.^o piso Hay ascensor".

Subíais al arcaico establecimiento de los señores Cohen y Kelly por medio de un arcaico ascensor, que la mayor parte de las veces no funcionaba y os encontrabais en un almacén polvoriento, con las estanterías desvencijadas y los mostradores más viejos que la casa, fundada, como se ha indicado, en 1898.

Nada había variado en la casa desde 1898. Claro está que nos referimos exclusivamente a los muebles. La casa Cohen y Kelly, dedicada a la confección de trajes de baño, no había prosperado en lo más mínimo desde la época de su fundación, y la culpa era precisamente de los señores Cohen y Kelly; espíritus rutinarios e incomprendivos, que no

entendían nada de la evolución de las cosas humanas.

Al fondo del establecimiento había una especie de cercado, donde los señores Cohen y Kelly tenían sus mesas respectivas.

Eran dos hombres originales los dueños de la casa. Habíanse asociado por conveniencias puramente comerciales. No congeniaban en nada. Llevábanse la contraria en todo.

Cohen era bajo: un judío gordito, avaricioso y calculador, de un genio terrible. Kelly era un buen tipo de irlandés, alto, ancho de espaldas, con la pesadez del elefante o el hipopótamo.

Sólo estuvieron de acuerdo en la fundación de la casa. Desde este punto discreparon continuamente. Cuando Cohen decía blanco, Kelly decía negro. Nunca se ha visto que un hebreo y un irlandés hicieran buenas migas.

Era un mal día. Por la mañana, a primera hora llegó un telegrama, cosa inusitada, y cada uno quería leerlo primero.

—Debe ser de alguno de nuestros viajantes, que nos hace un pedido por equívocación—dijo Cohen, arrebatoando el papel de manos del repartidor.

—Viene con porte debido; son cincuenta centavos—dijo el repartidor, cogiendo el papel.

Cohen y Kelly se consultaron con la mirada. Kelly le hizo un gesto que equivalía

a decir que pagase y Cohen tuvo que rascarse el bolsillo, al propio tiempo que murmuraba:

—¡Eso es! ¡Paga tú! ¡Siempre he de ser yo el pagano!

—¡No seas ordinario, hombre!—dijo Kelly, mientras el repartidor se marchaba—. Eres el cajero de la sociedad. ¿Por qué ponerte motes?

El telegrama era de uno de sus viajantes y decía:

“Presento mi dimisión. Clientes no compran trajes de baño ni por apuesta. Dicen que los modelos de ustedes son un atentado contra la estética y el buen gusto. Un comprador le puso uno a una foca, y el animalito se murió de vergüenza.”

Cohen miró furiosamente a su consocio.

—Desde que tú te encargastes de las ventas, todos los viajantes nos dejan plantados y devuelven los muestrarios.

—¡Mejor! ¡Que se vayan! ¡Así habrán menos gastos generales!—bramó Kelly, indignado.

—¡Arre allá!

—¡Arre allá, tú!

—¡Arre allá! ¡Arre allá!

Una pausa. Todas sus peloteras terminaban así. Cada cual sentóse en su mesa, y diez minutos después Cohen recomendó:

—¡Y pensar que hemos tenido que pagar

6
cincuenta centavos para que nos anuncien el fallecimiento de una foca!

Esto despertó la irritación de Kelly y llamó a la taquígrafa, una señorita tan vieja como la casa.

—Señorita Bernstem. Tome un telegrama para San Francisco... Escriba usted: "Recibido telegrama. Punto. No admitimos insultos ni atentados. Punto. En cuanto a su dimisión, es inútil que la presente usted. Punto. Considérese despedido desde hace dos semanas. Punto. Respecto a la foca, mándela disecar y consérvela como un retrato de familia.

Después de dictar el telegrama, Kelly dirigió a su consocio una mirada de satisfacción y añadió, dirigiéndose a la taquígrafa:

—¡Mándelo sin firmar y a porte debido! ¡Que acierte de quién es!

—Si pusieras ese algo de calor y energía en el negocio, otro gallo nos cantaría—apuntó Cohen.

—¿Quién te manda enviar telegramas, para que se entere todo el mundo? Bueno y conforme que yo sepa que tú eres un zoquete, pero no voy a ir proclamándolo por ahí!

—Sí, ¿eh?—replicó Kelly, con la indignación retratada en el semblante.— ¡Pues yo prefiero ser un zoquete, sabiéndolo todo el mundo, que no ser lo que tú eres, sin que nadie lo sepa!



El día de la inauguración...

—Además — añadió, después de un pausa—. Tú fuiste el que mandaste a Finklestein a vender trajes de baño al Colorado, que es como mandarlo al África a vender estufas!

—¡Ignorante!—bramó Cohen, poniéndose frenético—. ¿No sabes que se llama Colorado porque allí está el Mar Rojo?

Iba Kelly a replicar y dió un fuerte manotazo en la mesa, con tal mala fortuna que se cerró la cortina del buró, y le lastimó un

dedo. El irlandés se figuró que Cohen era el autor, y le miró con la mayor indignación.

—¡Sí, hazte el tonto, hipócrita! ¡Te crees que no te he visto dejarme caer el pupitre en un dedo?

—“Quién, yo? ¡Si hubiera sido en la cabeza no te digo que no! ¡Pero en un dedo!

La cosa hubiera llegado a mayores, si en aquel momento preciso no hubiese entrado un nuevo personaje en el establecimiento.

—¡Mira, Kelly! ¡Un comprador!

Ambos fueron a recibirle, y le acogieron con transportes de alegría. ¡Era tan raro ver un comprador en la casa! Cada uno quería llevárselo por su lado, para mostrarle las novedades de 1898.

—Aquí tiene usted el último modelo de París. Hace tantas víctimas entre el elemento femenino, que le llaman el Landrú de los trajes de baño.

Pero el recién llegado no quería comprar, y presentó su tarjeta a los dueños: ¡Era un agente de publicidad!

—¡Publicidad! ¡Bah...! ¡Eso es una majadería. No por mucho anunciar se bañará más la gente. Además, ya lo dice el refrán: “El buen baño en el arca se vende.”

Lo echaron de allí poco menos que a patadas. Cuando regresaron a sus respectivas mesas, Cohen iba llorando, diciendo:

—¡Te habrás convencido de que me pinto solo para quitarme pelmazos de encima!

Pero al volverse se encontraron con el heroico agente, que les había seguido.

—Señores... He ideado un medio para que su negocio prospere de un modo que no podían ustedes ni soñar. Con mi proyecto, dentro de un mes, no habría mujer en toda América que no tuviera un traje de baño de Cohen y Kelly.

Pero ni Cohen ni Kelly le prestaron la menor atención.

—Permítame usted que le haga una pregunta, señor Cohen. ¿Le gustan a usted las náyades, las ondinas...?

—No lo sé, no las he probado en mi vida —dijo el hebreo, volviéndole la espalda.

**Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino**

Pida el nuevo método que acaba de publicarse Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

II

Cohen tenía una hija. Kelly tenía un hijo. Ambos estaban educados a la moderna y deseaban prosperar el negocio. Ambos se amaban, y con esto queda dicho que los dos andaban de perfecto acuerdo.

Ellos habían sido quienes mandaron al agente de publicidad, a ver si convencía a sus padres a modernizar un poco el negocio; pero el agente salió desolado, y al reunirse con ellos en la escalera, donde le aguardaban, les dijo:

—Es inútil. Ni el señor Cohen, ni el señor Kelly, me han dejado siquiera exponer nuestra idea del concurso de belleza.

Kelly, hijo, no se desanimó al oír tales palabras.

—Starr... ¡Hemos de reformar esto de arriba abajo y organizar el desfile de Atlantic City, sea como sea, y cueste lo que cueste! ¡Es el único medio de salvar el negocio!

Cuando los jóvenes llegaron al almacén y se enteraron de las noticias del día, particularmente de la dimisión del nuevo viajante, Kelly, hijo, comentó:

—¡Lo que me extrañaría mucho es que hubiera algún viajante que durara! ¡Si no hay más que ver esta birria de casa! ¡Todo es anticuado y pasado de moda! ¡No parece sino que el negocio haya estado paralítico o durmiendo durante veinte años!

—Mira, mira tu hijito — exclamó Cohen, echándole una mirahda fulminante—. Mándalo a la universidad, para que te venga luego llamando anticuado y paralítico.

—¿Recuerdas los buenos tiempos, papá— añadió Kelly, hijo, sin inmutarse—, cuando tú mismo salías de viaje y volvías cargado de pedidos?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Como que no había nadie que vendiera más trajes de baño que yo!

—Lo que debías hacer, papá, es salir tú de viaje otra vez... ¡En un mes que estuvieras fuera, ponías el negocio como nuevo!

—¡Eso es...! ¡Muy bonito...! ¡Que él se esté por ahí, en buenos hoteles y comiendo a la carta, mientras yo me pudro en casita, recibiendo los picotazos de los bocadillos! ¡Pues, no señor! ¡Si él sale de viaje, salimos los dos! ¡Yo tengo tan buen apetito como él!

Y ambos salieron de viaje. ¡Sí, señor! Inconscientemente habían caído en el lazo que les tendieron sus hijos. El propósito de ellos era alejarles de allí, para poder *trabajar* con toda libertad.

Puestos de acuerdo con Starr, reformaron la casa, la renovaron de arriba abajo. Dibujaron nuevos modelos de trajes de baño. Buscaron maniquíes de buen tipo, organizaron el negocio en gran escala, y comenzaron los preparativos para el gran concurso de belleza de Atlantic City, que iba a ser la más sensacional nota de publicidad del año.

¡Y todo en poco menos de un mes! Días antes de inaugurar los nuevos salones. Los comerciantes al por menor de las más importantes plazas norteamericanas, recibieron unas lujosas invitaciones, concebidas en estos términos:

COHEN Y KELLY

tienen el honor de invitar a usted y familia a la inauguración de su nuevo salón de exposición, que tendrá lugar el próximo martes, a las cuatro de la tarde, con la presentación de los nuevos modelos de trajes de baño de señora, en maniquíes vivientes

—¡Patrick... Has hecho maravillas! ¿Quién podría imaginarse ver esto así sólo en un mes? —decía su novia, el día de la inauguración, verdaderamente maravillada por el efecto sorprendente del salón.



peleando en el corredor...

—¡Con tal de que tu padre y el mío no aparezcan de pronto y lo echen todo a rodar! —exclamó él.

Los clientes no ocultaban su complacencia por la nueva orientación de la casa, y esto se manifestó por medio de una lluvia de pedidos, capaz de colmar todas las aspiraciones.

—El concurso será lo que nos dará más éxito —dijo Starr, el agente de publicidad—. Todo el mundo habla de nuestro premio de diez mil dólares y se sabe que van a concu-

rrir centenares de chicas. Mañana espero a ustedes en Atlantic City, y antes de que vuelvan sus señores padres, ya habrá terminado todo.

—Sí, sí...! ¡Qué lejos estaban ellos de la que se les preparaba! Los señores Cohen y Kelly habían tomado el buen acuerdo de no escribir desde el día que se marcharon y cuando sus hijos hablaban de sus proyectos, ellos ya echaban pie a tierra, frente a la casa, de regreso.

Y llegaban de muy mal humor. Kelly gruñía:

—Afortunadamente, dentro de quince minutos, estaremos ya en casa... y si vuelvo a salir de viaje contigo, que me emplumen!

—¡Puedes quejarte del viaje! Si no hemos hecho ningún negocio, sólo tú tienes la culpa. Te preguntó un cliente qué hors d'œuvre prefieres y le contestaste que los de Velázquez.

—¿Pues y tú? ¡Una vez te preguntó un camarero si te había gustado el *panaché*, y le contestaste una grosería!

—¡Claro! ¿Quién sabía si detrás de aquella palabreja no había un insulto en italiano?

—Sí, ¿eh...? ¿Cuándo te preguntaron si querías salmón y contestaste que te pusieran un budo?

Así llegaron a su establecimiento, y estaba aquello tan transformado, tan decorado,

había tanta gente, que Cohen y Kelly estaban seguros de haberse equivocado.

Pero no. Era su casa. En diversos sitios campeaba el nombre comercial: Cohen y Kelly. Sobre todo, junto a la puerta de entrada, había unas siluetas recortadas, apenas cubiertas por un trapito, sobre las que se leía con gruesos caracteres la razón social.

—¡Mira, Cohen! —gimió el irlandés—. ¡Están utilizando nuestros nombres para anunciar... un parche poroso!

En aquel momento, en un escenario, preparado al efecto, había un bonito desfile de muchachas, presentando diversos modelos de trajes de baño. A ellas se dirigió Cohen, y las increpó, furioso:

—¡Basta de baile y vayan a acabar de vestirse! ¿Cómo se atreven ustedes a llevar unos trajes de baño que acaban donde debieran empezar?

Aquello acabó mal, muy mal. Cohen y Kelly echaron con cajas destempladas a los clientes, que tantos sudores habían costado a sus hijos reclutar, y se lamentaron de la locura de éstos.

—¡Qué despertar, Kelly, después de estar durmiendo veinte años!

—¡Toda la culpa es tuya! —replicó el aludido—. ¡Si tú no te hubieras empeñado en acompañarme, yo hubiera vuelto antes, y no habría pasado esto en nuestra ausencia!

Los jóvenes también se lamentaban de la inesperada llegada de sus respectivos progenitores.

—¡Ay, Patrick...! ¡Ahora van a estropearlo todo!—decía la joven.

—¡Nada de eso!—exclamó Kelly, hijo, dispuesto a salir a todo evento con la suya—. ¡Vamos a irnos en el primer tren que salga para Atlantic City y mañana celebraremos el concurso, pese a quien pese!

Inmediatamente, lo primero que hicieron Cohen y Kelly, fué llamar a su dependienta, a la que no reconocieron. También se había reformado.

—Tráigame los libros... Tenemos que enterarnos de lo mejor, antes que se ponga peor —dijo Cohen.

No quedaba en la casa más que un remanente de diez mil dólares. Kelly se levantó del asiento y se puso el sombrero.

—Cohen... ¡No puedo resistir el golpe! ¡Me voy a casa antes de que me vuelva loco del todo!

Quedóse Cohen areglando las cuentas con la dependienta, e hizo un arqueo de los fondos.

—El señor Kelly, hijo, ha mandado que ingrese sin falta en el Banco esos diez mil dólares.

—¿En el Banco? ¡Ca! ¡De esto me cuidaré yo! ¡Ya no me fio de nadie, y casi ni de mí mismo! ¿Y dónde está ahora esa preciosidad de niños...?

—Pues... verá usted... Yo sólo sé lo que les oí decir... Que se iban a Atlantic City.

Cohen dió un fuerte golpe sobre la mesa y se puso en pie inmediatamente.

—¡Me lo figuraba! ¡Esos tórtolos se han fugado! ¡Pero yo les detendré antes de que haya más gastos!

Inmediatamente llamó por teléfono a la casa de Kelly, pero éste aun no había llegado. En su defecto, habló con su señora y le espetó que sus hijos se habían fugado a Atlantic City, y que se preparase para ir con él en su persecución.

—Bueno. Dentro de diez minutos estaré en la estación de Pensylvania.

.....

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

III

Decididamente, todo iba mal. Cohen y la mujer de Kelly perdieron el tren...

—Por qué no mandamos un telegrama a la policía de Atlantic City para que detengan a los chicos cuando bajen del tren...?—propuso la señora Kelly.

Pusieron un telegrama a la jefatura de policía de aquella localidad, que decía:

“Por favor, detengan hombre y mujer, llamados Cohen y Kelly, fugados. El hombre lleva una corbata azul y la chica es todo el retrato de su padre.”

Mientras Cohen y la mujer de Kelly iban camino de Atlantic City, éste se enteraba, por la mecanógrafa de que Cohen había huído con los diez mil dólares, y en su casa le enteraron de otra noticia mucho más grave: que también se había llevado a su mujer.

En seguida fué a casa de Cohen y se lo contó todo a su mujer.

—¡Oye, Rebeca... Esto no puede quedar así. Hay que ir a Atlantic City, a buscarlos y a reventarlos!

En tanto, Cohen y Maggie Kelly llegaban a la estación de Atlantic City y un guardia vestido de paisano, leyó sus nombres respectivos en las señas de sus respectivos sacos de mano. Ese guardia llevaba un telegrama en el bolsillo, por haberle recomendado aquel servicio.

—¿Es usted el señor Cohen?

—Mira si soy famoso, Maggie, que hasta en Atlantic City me conocen.

—Ustedes querrán ir a algún hotel... ¿no es eso?—Pues yo les conduciré al más barato y mejor guardado de la ciudad.

Y los embarcó en un coche. ¡Pero qué coche! Iba abarrotado de gente ordinaria. El que estaba al lado de Cohen, cuando arrancó el coche, depositó la cabeza en el hombro del hebreo, y no cesó de quejarse:

—Me encuentro muy mal... Me encuentro muy mal...

—Pues huele usted peor. ¡Y eso se cura con amoniaco!

—Debe ser muy malo el hotel a donde nos llevan, Cohen—dijo Maggie Kelly.

—¿Hotel...?—replicó uno de los viajeros.—¡Ay, qué gracia! ¡Si adonde vamos es a la cárcel!

Era, en efecto, el hotel más barato y más bien guardado de Atlantic City. Una vez allí, Cohen protestó energicamente:

—¡Esto es una ignominia! ¡No hay derecho a tratar así a un honrado ciudadano!

A pesar de sus protestas, le metieron en un calabozo inmundo, entre ocho o diez individuos de un aspecto patibulario imponente.

Sin embargo, aquellos hombres que, a juicio de Cohen, eran capaces de asesinarse por un café con leche, se pusieron a temblar como chiquillos cuando vieron a los guardias peleando en el corredor con uno que se resistía a entrar en una celda de lujo (vulgo celda de castigo).

—Me alegro de que no hayan puesto a ese páparo en esta jaula.

—Yo, también.

—Y yo...

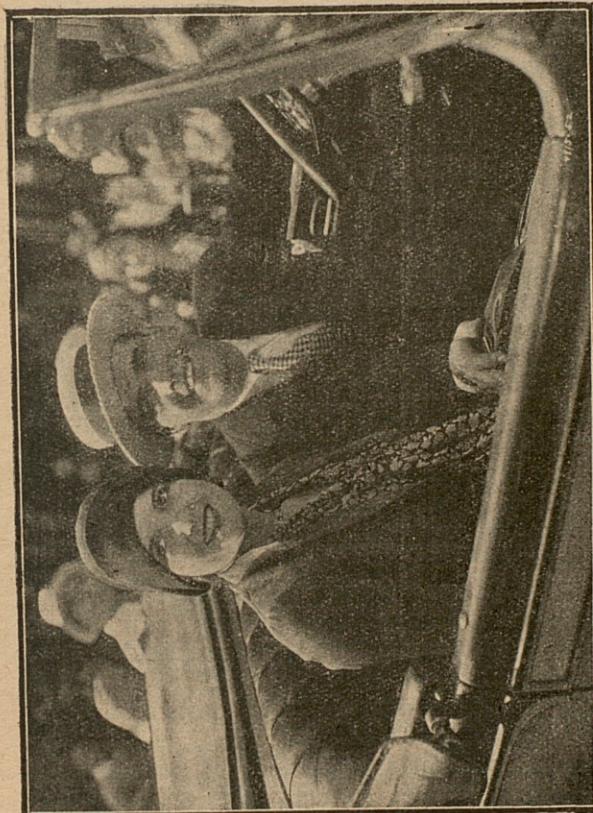
—¿Por qué...?—preguntó Cohen.

—Ya se ha cargado a varios compañeros de calabozo.

—Cada vez que ponen a alguien en su calabozo—añadió otro—amanece hecho pedazos. Y él dice que lo hace para saber la edad que tienen, porque les cuenta los *años*...

Unas horas después, llegaba otro coche por el estiló y desembarcaban de él Patricio Kelly y la mujer de Cohen.

—Pues ahí dentro ya tenemos otro juego de Cohens y Kellys...—dijo el inspector.



Kelly, hija y Cohen, hija, preparaban el concurso...

—¡Esos... esos son los bandidos que andan ustedes buscando y no nosotros!—dijo Kelly.

Mas, mientras se aclaraba el juego de Cohen y Kelly, que debía ser detenido, quedaron detenidos, y Kelly fué a parar a la misma celda que ocupaba Cohen.

Verse y empezar a insultarse, todo fué uno, con gran regocijo de los demás detenidos.

—¡Grandísimo ladrón!—vociferó Kelly.— ¡Largate con mi mujer cuando yo no lo estoy viendo! ¡Me has robado mi mujer y diez mil dólares... y vas a devolverme ese dinero!

—¿Yo robarte tu mujer?... ¡Eso es lo que tú quisieras!

Cohen acometió a Kelly y éste pidió socorro a grandes voces. Los guardias llegaron en el momento en que Cohen enarbola una silla.

—¿Qué se propone usted?... ¿Matar a este hombre?...

—Kelly... ¡Dile que no es verdad! ¡Que no quería matarte!—gimió Cohen.

—¿Que no querías? ¡Y si me descuido me destapas los sesos con esa silla!

Como primera providencia, cogieron a Cohen y lo pusieron en otra celda... ¡en compañía del que hacía pedazos a sus semejantes!

—¡Hola, nene! Te han puesto aquí por revoltoso, "eh?"—dijo Cohen, haciendo de tripas corazón, dirigiéndose a su compañero de hospedaje—. Pues ya lo ves... A mí, que soy ma-

yorcito, también me han encerrado... Porque yo ya tengo cincuenta y dos años, ¿te enteras?

El otro le tomó por confidente de los guardias y le miraba con desconfianza.

—Dime—le dijo—: ¿Tú eres amigo de los guardias?

—¡Arré allá los guardias!—chilló Cohen, buscando captarse las simpatías del hombre terrible.

Y los dos empezaron a chillar, solidarizados por el odio común contra los guardias, que a poco tuvieron que atarlos con unas esposas. Así, Cohen se vió más unido al criminal empedernido.

—No te apures—dijo éste—. Esta noche nos escaparemos.

—¿Y a dónde vamos a ir con lo que me duelen a mí los juanetes?

En tanto, Kelly, hijo y Cohen, hija, preparaban su concurso. Ya estaba constituido el Jurado. Las carrozas de las bellezas desfilaban por la gran avenida de la playa. La novia de Patrick tomaba parte en el concurso y estaba bellísima.

—Rosa... Estás tan hermosa que si no estuviera ya enamorado de ti con toda mi alma, hoy me enamoraba como un loco.

Starr trabajaba como un loco.

—Ya está todo a punto. Sólo me falta el cheque del premio—dijo.

—Y ése lo traigo yo aquí para usted—dijo Kelly.

Al día siguiente, después que los Cohen y los Kelly hubieron tenido el honor de ser los huéspedes oficiales de la ciudad, fueron soldados con toda clase de consideraciones.

—Señores... Sentimos mucho lo ocurrido, pero sus hijos han sido hallados y están en el hotel Braymore.

—¡Nos hemos olvidado de mi marido!—exclamó la señora Cohen.

—¡No está ahí! ¡Ayer le soltaron! ¡Era un peligro para la tranquilidad de la cárcel!—dijo Kelly.

PASO ...

¡Iba Felicidad que llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir

POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

No habían soltado a Cohen. Cohen se había escapado con el criminal empedernido. Como iban esposados cogidos cada cual por una muñeca, no podían separarse y el criminal tuvo que meter a Cohen en un saco.

—¡Y como muevas tan sólo una pestaña, será lo único que muevas en esta vida!—dijo el criminal empedernido.

¡Qué angustias pasó Cohen encerrado en el saco! Eran sospechosos a todo el mundo. En la playa les abordó un guardia y el criminal empedernido dijo que en el saco llevaba un perro que iba a arrojar al mar. El propio guardia aconsejó que, en vez de ahogarlo, le disparase un tiro, y estuvo a punto de hacerlo

él mismo, pero el criminal empedernido, que no podía separarse de su compañero, dijo que no se encontraba con ánimos de suprimir a su querido perro y que se lo llevaba a su casa.

Cuando pasaban por la gran avenida, el saco se fué rasgando y se veía perfectamente a Cohen montado sobre las espaldas del criminal. Entonces, la policía, que ya estaba avisada, emprendió su persecución.

Por fin, el criminal descubrió la cartera de Cohen y le arrebató los diez mil dólares que el hebreo se había llevado.

—Yo me encargaré de ponerte ese dinero en el Banco. ¡Podría robártelo uno de esos hombres malos que corren por ahí!

En tanto, Kelly se había reunido con sus hijos, y al darse cuenta del éxito que obtenía el concurso, decidió apoyarles. Pero todos estaban consternados porque no tenían con qué pagar el premio.

—Rosa... Si no aparece tu padre, tendremos que pagar el premio con un cheque falso.

—No te preocupes, Patrick... Verás cómo todo se arregla y sale como una seda.

Cohen estaba pasando las negras y las moradas. El y su compañero estaban ocultos en la playa y trataban de romper la cadena que les unía. Cohen quería, además, romperle la



.. y se disfrazaron...

cabeza. Por fin, pudieron desprenderse y Cohen dió un golpe a la cabeza de su compañero con un madero y así se vió libre de él y recuperó su dinero.

Echó a correr y, poco después, se encontró con Kelly.

—¡Ya sabía yo que te pillaría! ¿Dónde están esos diez mil? —preguntó Kelly ansiosamente.

—No preguntes tonterías y ve a buscar a la policía, o soy hombre muerto—exclamó Cohen viendo que el criminal se dirigía hacia ellos con grito amenazador.

—Si es ella la que te está buscando a ti! Lo que tenemos que hacer es ir corriendo a llevar ese dinero al Jurado, antes de que te pesquen.

El criminal empedernido no les perdía de vista, pero no les atacaba porque cerca de allí había policías.

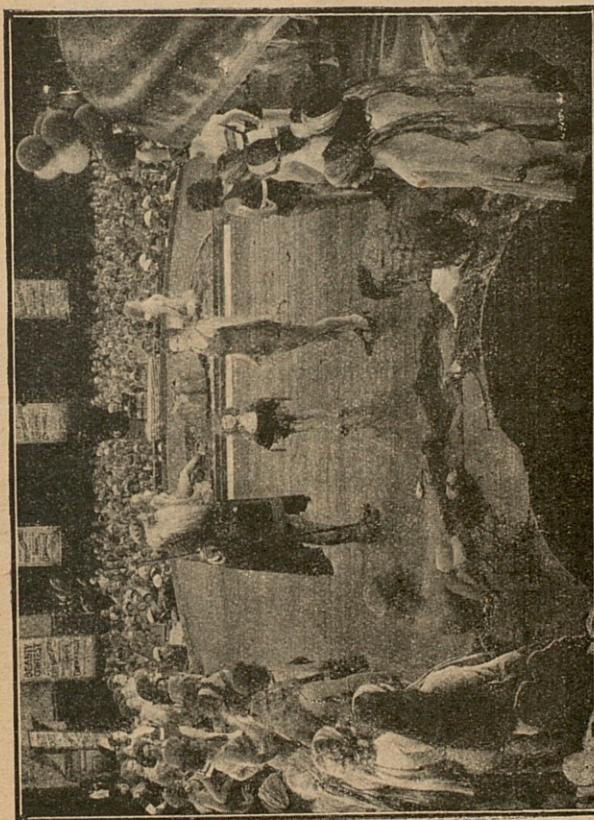
Para deshacerse de él, Cohens y Kelly idearon entrar en una casa de baños y disfrazarse con mallots y unos grandes sombreros de paja que les tapaban toda la cara.

Como era cuestión de ir pronto al local donde se celebraba el concurso, montaron en una motocicleta y así pudieron despistar al criminal.

Por fin, llegaron. El Jurado iba a fallar y el presidente se dirigió a los presentes y les dijo:

—El señor Cohen ha hecho toda clase de esfuerzos para llegar a tiempo de dar el premio personalmente. Por unanimidad del Jurado, éste se concede a la señorita que se ha presentado sin número.

¡Era la hija de Cohen!



¡Era la hija de Cohen!

Los aplausos del público hicieron enmudecer al presidente. Cohen acompañó a su hija al proscenio y desde allí vió al criminal empedernido mirándole con ánimo poco tranquilizador; pero, poco después la policía se le echaba encima y se lo llevaba. Cohen respiró tranquilo.

—Mira, hija mía—dijo a la joven—, ya guardaré yo por ti el dinero y te daré los intereses.

¡El gran... hebreo!

FIN

¿Quiere usted aprender
Los bailes de moda?

Pida hoy mismo los métodos de:
Precio de
cada
método:
25 Cts.
TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK - BOTTOM

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Films. Apartado, 707 - Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS

BIANCO BACHILIA

MARCUCCI

LOS MEJORES TANGOS

IMPERIO ARGENTINA

SPAVENTA

LINDA THELMA

MANUEL BIANCO

CARLITOS GARDEL

PEPE COHAN

SOFIA BOZAN

CATULO CASTILLO

ERNESTO FAMA

JULIO DE CARO

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes

PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PÍDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará **enseguida**

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en ==

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford

Pola Negri.

Gloria Swanson

Bebé Daniels

Raquel Meller

Alice Terry

Jacobini

Colleen Moore

Laura La Plante

Dolores del Rio

Vilma Banki

Dolores Costello

D. Fairbanks

Ramón Novarro

Charlot

Adolfo Menjou

Lon Chaney

Gary Cooper

Ant.º Moreno

Chiquilín

George O'Brien

Emil Jannings

Ronald Colman

John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figura en el CATÁLOGO GENERAL que

se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO



Cada librito contiene 2 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad
PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará enseguid